

La integración de las Américas

Los sueños bolivarianos de integración o al menos los deseos de colaboración sur-sur en América Latina, han estado presentes desde la independencia misma de nuestros países. Los argumentos reales no parecen ser utópicos: se trata de un subcontinente que habla básicamente el español o portugués, que tiene fundamentos históricos comunes (civilizaciones precolombinas, conquista española, construcción de diversas culturas afines, independencia, industrialización periférica en la mayor parte de la

región, décadas perdidas, etcétera), que dispone de fronteras relativamente estables (pese a conflictos como el de Perú y Ecuador). También contamos con problemas comunes propios del subdesarrollo de la región: alta concentración del ingreso, ínfima generación de tecnologías propias (salvo Cuba y Brasil), procesos agudos de corrupción, deterioro ecológico, etcétera.

Se trata de condiciones de unidad y de problemáticas comunes que permiten una evaluación más general que la que pudiera hacerse del África Subshariana o de Asia Central, regiones que a su interior cuentan con mayores divergen-

cias que las existentes en América Latina. De hecho, el panafricanismo que se ha desarrollado en las últimas décadas, opera a contracorriente de las guerras intestinas y del establecimiento de fronteras nacionales definidas por los intereses estratégicos de Inglaterra y Francia y no como resultado de la construcción histórica de sociedades y culturas. En África, por ejemplo, lo más común durante los procesos de independencia fue que una sociedad terminara dividida entre varios países y cada país incluyera sociedades relativamente ajenas entre sí. De esta manera las potencias coloniales garantizaban el control de naciones poco



¡Habermas no es francfortiano!

Trabajé casi tres años con Habermas, pero a pesar de las evidencias me costó descubrir que Habermas no era, según dicen los academicistas, un genuino teórico crítico. La negatividad no forma parte de su arsenal categorial. Además, su escepticismo es demasiado débil; su amor por la literatura, como una forma de racionalidad pública, es inexistente; y, por si eso fuera poco, su noción de crítica no debe nada a Nietzsche. Por lo tanto, están equivocados quienes repiten

que Habermas es un francfortiano. También yo tardé en percatarme del asunto. Fue un día que me llamó a su despacho para charlar conmigo y regalarme un libro en español. Lo tengo aquí delante. Es una de las piezas más sugerentes de Habermas. Se trata de una de sus obras que más parecido tiene con nuestra filosofía o, al menos, con una forma de hacer filosofía muy española; entre la creación y la ciencia, Habermas construye un texto de ensayos sobre filósofos y pensadores contemporáneos, o sea, una manera de ensayar el pensamiento, esbozando, a veces dibujando con trazo demasiado firme, la vida de un pensador vinculada de modo inexorable a su pensamiento. Es la única obra de Habermas en que el pensamiento aparece inseparable de la vida.

Me refiero a sus *Perfiles filosófico-políticos*. Me entregó el libro con una bonita dedicatoria, y al instante observé que estaba dedicado a su maestro Adorno. Instintivamente levanté la vista y vi detrás de Habermas un retrato del mefistofélico Adorno. Hasta entonces, no me había percatado de que apenas había objetos decorativos en el austero despacho del maestro Habermas, en la calle Dante de Francfort. El respeto personal, sin embargo, que sentía Habermas por Adorno no se veía reflejado en su obra. Quiero decir que Habermas es cualquier cosa menos un seguidor de las tesis del nietzscheano Adorno. Más aún, frente a un idea dialéctica de la Ilustración, de las contradicciones insertas en el proyecto de la modernidad, Habermas construye un discurso de la modernidad para superar los

integradas y en riesgo de confrontación con sus vecinos. El caso del oriente medio es igualmente grave y genera poca cohesión social, estados débiles y una alta explosividad entre naciones.

La construcción de una identidad económica para América Latina fue promovida mayormente al fin de la Segunda Guerra Mundial. La formación de la Comisión Económica para América Latina (1949), así como de la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC) y su posterior transformación en Asociación Latinoamericana de Integración (ALADI), dan cuenta de la pretensión de estrategias complementarias entre países.

errores generados por las exageraciones ilustradas. En fin, frente a una noción de saber negativo, que hace carne de la negatividad, Habermas construye un tipo de racionalidad que abandona la vida en los márgenes de la existencia, del ser, para instalarse en el deber-ser. La inteligencia de Habermas ha sido darle a la sociedad occidental un placebo formidable: una teoría de la comunicación que debe garantizar, por el concurso de todas las ciencias sociales, aquello de lo que su maestro dudaba, o sea que pudiéramos llegar a comunicarnos. El retrato de Adorno no servía para inspirar al discípulo, sino para saber de lo que tenía que huir.

¡Al enemigo, cerca!

AGAPITO MAESTRE

En la mayor parte de ellos se generaron procesos de industrialización, donde las economías más grandes se orientaron principalmente en función de los sectores de electrodomésticos y automotriz (principalmente Argentina, Brasil y México), contándose con procesos industriales y de crecimiento urbano en otras naciones, particularmente en Chile, Colombia, Perú y Venezuela. El que además se contara crecientemente con recursos petroleros en México, Venezuela y Ecuador, además de altas capacidades agropecuarias en Argentina, Uruguay y Brasil, daban cuenta de factores complementarios en diversos aspectos regionales. No obstante, también han existido factores de disgregación y confrontación, como el despojo de más de los territorios paraguayos y mexicanos en el Siglo XIX, el bloqueo a Cuba desde los años sesenta, la guerra del fútbol entre Honduras y El Salvador en 1969 o la utilización política de nacionalismos para sostener dictaduras militares o civiles.

Además de los espacios de integración económica intrarregional, se formaron otros específicos para el Caribe (Caricom), Centroamérica (Mercado Común Centroamericano) y los países andinos (Pacto Andino), lo que daba cuenta de pretensiones de complementación económica subregional dentro de la estrategia general de sustitución de importaciones.

Sin embargo estas estructuras presentaron finalmente un balance decepcionante. Los intercambios comerciales siguieron dándose principalmen-

te en una lógica norte-sur, que en un espacio de integración regional. De hecho, dos factores explican los pobres resultados.

Salvo en casos excepcionales, en América Latina se entendió la modernización como un proceso de industrialización y no abarcativo a todos los sectores. De esta forma el sector rural quedó crecientemente rezagado y la urbanización se asoció con un crecimiento de la producción industrial mucho mayor que el crecimiento del empleo industrial. Esto trajo como efecto la aceleración de los procesos de terciarización urbana basada en trabajos poco estables y remunerados, con los consecuentes obstáculos para la expansión del mercado interno. Asimismo, y este es el segundo factor, esta industrialización se basó en compra y transferencia de tecnología (frecuentemente obsoleta en sus países de origen) y no en procesos de generación de tecnología propia, basada en las propias necesidades y potencialidades de la región. América Latina entonces substituyó importaciones, pero nunca dejó de ser una región primo-exportadora, lo que le acarreó un déficit creciente en sus relaciones con el resto del mundo, saldada principalmente a través de la contratación de deuda externa.

Evidentemente, bajo estas circunstancias, toda América Latina estaba girando alrededor de la búsqueda de tecnología y capitales externos. Las inversiones que llegaron se centraron en pocos sectores y se orientaron a cubrir los mercados cautivos nacionales. La lógica de integración latinoamericana se estableció sobre las bases de dichas

estructuras tecnológicas y por consiguiente las posibilidades reales de complementariedad se fueron diluyendo. Si a ello agregamos la lucha por la atracción de inversión extranjera, tanto directa como de contratación de deuda, el panorama era más cercano al de confrontación económica que al de compatibilidad de estrategias.

A partir del golpe de Estado en Chile en 1973, los procesos hiperinflacionarios en los años ochenta (Argentina, Brasil, Bolivia, Perú, Nicaragua, etcétera), la suspensión del servicio de la deuda externa mexicana en 1982, las crisis dieron lugar a la década perdida en la región. Ante esta situación, se estancaron o cayeron las producciones nacionales, se recurrió a devaluaciones constantes y se accedió a créditos cada vez más onerosos y condicionados. Para obtener condiciones relativamente más favorables que el resto de los países en crisis, cada país aceptó tratar sus problemas de manera aislada con los clubes de acreedores y esto aisló aún más las posibilidades de articulación entre las economías nacionales.

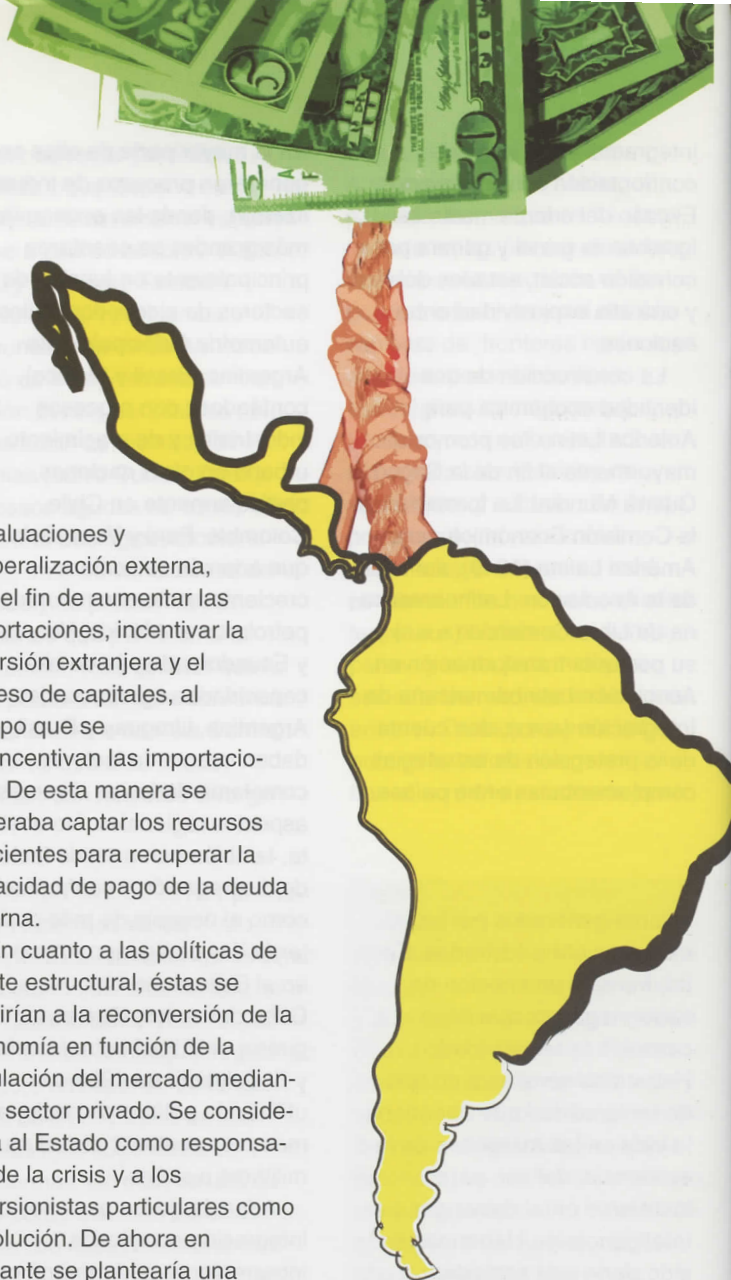
Paradójicamente, en términos de políticas nacionales se homogeneizaron los paquetes en torno a la estabilización económica y el ajuste estructural. La estabilización pretendería el reestablecimiento de equilibrios fiscal y externo: el primero a través del aumento de los ingresos públicos y la reducción de sus gastos, con el fin de abatir la inflación (considerando que sea la oferta monetaria la responsable del incremento de los precios); el segundo a través de las

devaluaciones y la liberalización externa, con el fin de aumentar las exportaciones, incentivar la inversión extranjera y el ingreso de capitales, al tiempo que se desincentivan las importaciones. De esta manera se esperaba captar los recursos suficientes para recuperar la capacidad de pago de la deuda externa.

En cuanto a las políticas de ajuste estructural, éstas se dirigirían a la reconversión de la economía en función de la regulación del mercado mediante el sector privado. Se consideraba al Estado como responsable de la crisis y a los inversionistas particulares como la solución. De ahora en adelante se plantearía una lógica de competitividad, donde el consumidor tuviese la libertad de elegir su consumo sin las restricciones que el Estado ponía al generar un mercado cautivo. De esta manera se establecieron políticas de desregulación de precios, inversiones y comercio; procesos crecientes de privatización y liberalización externa. Aunque también se presentaron algunos intentos de enfrentar estas políticas mediante *shocks* heterodoxos (los planes austral y

cruzado en Argentina y Brasil, respectivamente), los resultados fueron desalentadores y la ortodoxia terminó de instalarse.

Los resultados en términos de control de inflación fueron irregulares y los deterioros se acentuaron por la vía del desempleo/subempleo, la concentración de la riqueza y la acumulación de pobreza. Es entonces que comienzan a incorporarse de forma amplia una segunda generación de políticas de ajuste (que se



adiciona, no sustituye a la primera), de políticas sociales que hasta entonces sólo habían cubierto un papel secundario (como el Programa de Empleo Mínimo, en Chile). Este tipo de medidas se presentaron sobre todo en los países de mayor tamaño y desarrollo relativo, por lo que los países pequeños en situación crítica se empobrecieron a velocidades aun mayores. Tales han sido los casos, crecientemente deteriorados de Haití, Nicaragua, Honduras, Bolivia y Paraguay.

A esta etapa del ajuste ha seguido la del intercambio de deuda por inversiones extranjeras, naturaleza y desarrollo social (*swaps*), las renegociaciones de deuda (en especial la iniciativa HIPC para los países más pobres), las concesiones de servicios (como el agua en El Salvador y Bolivia) y la reforma del Estado, con un traslado operativo de recursos hacia los gobiernos estatales/ departamentales y locales/ municipales.

En su conjunto, y a ritmos distintos, estas etapas del ajuste han recorrido el conjunto de América Latina durante los años ochenta y noventa.

Al cabo de casi 20 años la situación general no parece haber mejorado significativamente.

Las políticas de ajuste se desencadenaron fundamentalmente a raíz de la crisis de la deuda externa de 1982. Uno de sus objetivos básicos ha sido corregir el problema del endeudamiento. En 1998 América Latina estaba 2.6 veces más endeudada que cuando dichas políticas iniciaron.

Con excepción de los casos de Costa Rica y Chile, la deuda

externa de 1998 ha crecido más rápidamente que la producción del país. En otros términos, por cada peso que crece un país hay que endeudarse proporcionalmente más.

De igual modo, con excepción de Haití y Venezuela, en los demás países la deuda ha crecido más que la población. En otros términos estamos heredando una deuda externa cada vez mayor por habitante de generación en generación.

Uno de los fines primordiales de las políticas de ajuste ha sido el aumentar la productividad y competitividad de los países. En casi la mitad de los latinoamericanos (9 de 19), el crecimiento promedio de la actividad económica ha sido inferior al de la población. Como la PEA crece más rápidamente que la población total y por lo tanto que la producción, esto significa un total fracaso en el objetivo de aumento de la productividad del conjunto del país. México se encuentra en este caso.

Adicionalmente, el índice de concentración de la riqueza está cada vez más concentrado. Es decir, tenemos menos riqueza por persona y repartida de forma cada vez más desigual, salvo en Colombia, Honduras, Uruguay, Paraguay, las zonas urbanas de Chile y las rurales de Guatemala.

A pesar de ello, el 10% más pobre de los hogares recibía en los ochenta alrededor de entre 0.7% (Bolivia) y 2.8% (Argentina) del ingreso de sus respectivos países. En los noventa las proporciones se concentran en valores intermedios, entre 1.1% (Brasil) y 3.7% (Uruguay).

En contraste, el 10% más rico detentaba en los ochenta entre 21.8% (Venezuela) y 41.3%

(Colombia). En los noventa Uruguay es el menos concentrado en el ingreso (25.8%) en tanto que en Brasil concentra 44.3%.

En suma, la evolución de América Latina refleja actualmente que 36% de la población se encuentra en situación de pobreza y México rebasa ese promedio con 38%. La situación más extrema se localiza en Nicaragua (no hay datos disponibles para Haití), en tanto que Uruguay es la sociedad menos afectada por esta situación.

Después de este balance de 20 años de ajustes nacionales, lo que parece seguir gozando de cabal salud es la tendencia a las políticas de liberalización ¿Estamos ahora ante nuevas etapas de ajuste a partir de la misma lógica, o ante la posibilidad de diseñar políticas alternativas?

La concentración del poder económico parece orientarnos mayormente en la primera posibilidad, pero ya no sólo en el sentido de definición de políticas económicas nacionales sino en la definición de políticas multinacionales guiadas por las alianzas estratégicas entre las grandes empresas mundiales, por el control unipolar que ejerce Estados Unidos sobre la región y de una subordinación de los estados nacionales a la dinámica del mercado (de lo que da cuenta la incorporación del contenido del Acuerdo Multilateral de Inversiones en el tratado de México con la Unión Europea). Así, América Latina parece girar más que nunca alrededor de Estados Unidos. Cinco factores parecen reforzar esta tendencia:

1) *La negociación del Tratado de Libre Comercio de las Américas, cuya puesta en marcha iniciaría entre el año 2003 y el 2005.*

Mañana se estarán reuniendo en Canadá los negociadores continentales, bajo un esquema que más que reforzar un proceso de globalización económica refuerza uno de "bloquización", de este espacio continental frente al europeo y el asiático. El manejo de las reglas de origen, la especialización productiva y la funcionalidad a la estructura productiva norteamericana pueden ser base de una estrategia económica para las próximas décadas. Por otra parte, este acuerdo de libre comercio podrá reforzar la competencia económica entre los latinoamericanos, bajo un principio de competencia por costos (a diferencia de la competencia por calidad), donde el juego esté en buscar quién pueda ofrecer mejores condiciones para la inversión en divisas y quien provea fuerza de trabajo e insumos a los mejores precios. En este sentido, los latinoamericanos contamos con "ventajas" comunes: fuerza de trabajo especialmente barata, recursos naturales y permisibilidad para el deterioro continuo del medio ambiente (salvo honrosas excepciones). México agrega una cuarta ventaja: 3,000 Km. de frontera terrestre con Estados Unidos.

2) *Los crecientes procesos de dolarización (Argentina, Ecuador, El Salvador, Guatemala).* El dinero cubre diversas funciones: medio de cambio, unidad de cuenta, reserva de valor, etcétera. De alguna forma, sobre todo en las funciones de medio de cambio, América

Latina esta parcialmente dolarizada desde los años ochenta, lo que se refleja en la referencia al dólar para la compra-venta de empresas o grandes contratos, compra de algunas casas y terrenos, o hasta de automóviles de lujo.

Sin embargo, la novedad de los noventa ha sido la asunción del dólar como reserva de valor y unidad de cuenta. La decisión argentina de formar el Consejo Monetario y de atar su moneda a la disponibilidad de dólares, partía del principio aparentemente simple de que la inflación se genera por emisión monetaria del Banco Central (echar a andar la maquinita). Si se decide no emitir moneda más que en el equivalente directo de divisas disponibles (en especial dólares), lo que presupone es que no se puede fabricar dinero sin haber conseguido una reserva con que avalarlo, y para conseguir esa reserva se debieron haber producido y comercializado los bienes mediante los cuales se procuraron los fondos. De esa manera, al no haber emisión monetaria autónoma se garantizaría el freno a la inflación.

El problema es que este razonamiento parte de una interpretación de que la inflación sólo puede generarse por oferta monetaria y no por costos, en especial por el costo del dinero (la tasa de interés). Al momento de explotar el efecto Samba, en Brasil por si quedaba alguna duda, este país aumentó de manera significativa sus tasas (lo que hace cualquier país cuando requiere atraer capitales de manera urgente) y los dólares se desplazan de Argentina a Brasil. Si Argentina

también decide aumentar sus tasas para evitar la sangría el costo del crédito aumenta y se traslada a los precios, a menos de que se frene brutalmente la demanda de bienes. Esto es lo que ha ocurrido en Argentina, encontrándose en una situación deplorable, no sólo a pesar de, sino en parte debido a su dolarización.

Lo sorprendente es que Ecuador, luego de su corrida financiera, siguió el mismo camino (o aún peor, porque hizo circular directamente el dólar como moneda nacional) y ahora ofrece tasas de interés de 23% en dólares, frente a entre 3 y 4% en Estados Unidos. Esto significa un costo prohibitivo del crédito y un riesgo brutal de inflación. Todo el beneficio económico se espera de la esfera especulativa y se paraliza la producción real.

Dos ejemplos más de dolarización reciente son El Salvador y Guatemala. En el caso salvadoreño, se apuesta a las enormes remesas enviadas por los braceros en Estados Unidos, y en Guatemala a la tradición de una moneda atada al dólar.

3) *La perpetuación de la problemática de deuda, mayoritariamente nominada en dólares norteamericanos y ante instituciones de aquel país, o ante multilaterales donde Estados Unidos juega un papel preponderante.* Este es el caso de lo que podríamos denominar el "feudalismo financiero", a través de una deuda transmitida de generación en generación y donde lo importante no es el pago de la deuda en sí misma, sino del servicio de la deuda

(intereses más vencimientos anuales), renegociada recurrentemente para aumentar plazos, aligerar la carga en el corto plazo y aumentarla en una perspectiva de décadas. Esta parece ser una situación insalvable para los grandes deudores (Brasil, México y Argentina), pero representa cargas relativamente mayores para economía más pequeñas como las boliviana, peruana, ecuatoriana, hondureña y nicaragüense.

Ante ello se ha desatado desde el G7, junto con IFI y otros gobiernos, la iniciativa HIPC (Países pobres altamente endeudados), que significa la liberación neta de deuda bilateral y eventualmente multilateral (no incluye deuda por bonos ni la contratada ante bancos privados) para un grupo de países en donde el propio servicio de la deuda rebasa ampliamente sus capacidades productivas. Para el caso de América Latina únicamente Haití, Nicaragua, Honduras y Bolivia pueden ser destinatarias de esta iniciativa, que a nivel mundial puede representar alrededor de 30,000 mdd de desembolsos netos (sólo la deuda de México rebasa los 161,000 mdd).

A cambio de aceptar la reducción de deudas, los países beneficiarios se comprometen, por lo general, a reforzar sus políticas de ajuste y la liberalización de sus mercados a favor de los países ricos.

4) *La estructuración productiva con base en una maquiladorización creciente de América Latina, orientada principalmente en función del mercado norteamericano.* De

forma creciente la industrialización de América Latina, en especial en el hemisferio norte, pasa por la adecuación de sus capacidades productivas y laborales a favor del mercado de exportación. Por lo anterior, se requiere generar infraestructura creciente dedicada a ese comercio internacional y adecuar las formas productivas a los requerimientos de dicho mercado. Un ejemplo de esta estrategia será la puesta en marcha del proyecto Puebla-Panamá, donde el ferrocarril transmérico jugará un papel central. Para el sur de México esto podrá, por ejemplo, traducirse en una transformación de las culturas indígenas en maquiladoras.

5) *El Plan Colombia, que implica el traslado de la lógica económico-social a la político militar.* El control de la economía por parte de una potencia nacional implica la defensa de los intereses empresariales situados en los países destinatarios de las inversiones. Esto es básico en la estrategia geopolítica. En estas condiciones el control militar de las fronteras y de los espacios aéreo y marítimo es fundamental. El hecho de que, por ejemplo, se esté violando impunemente el espacio aéreo mexicano por el gobierno de Estados Unidos da muestra de ello. El interés no es sólo frenar el narcotráfico (es más faltaría garantizar que ese sea el interés real), sino frenar la migración a Estados Unidos en tiempos de recesión, proteger los intereses económicos norteamericanos y mantener una presión política permanente sobre los gobiernos nacionales.

Frente a este esquema, cabe preguntarse si existen posibilida-

des alternativas y si éstas pudiesen generar expectativas tanto económicas como sociales más favorables para la región.

—Manejo de la deuda externa.

—Investigación y desarrollo tecnológico.

—Políticas agropecuaria e industrial complementarias.

—Sistemas subregionales de comercio basado en empresas multinacionales (no transnacionales) de los propios países latinoamericanos.

—Diversificación del comercio y estrategias comunes con África, Asia y Europa del Este, sobre productos específicos.

—Negociación colectiva de acuerdos con Europa y Japón.

—Negociación en condiciones igualitarias con agentes económicos y actores sociales complementarios en Estados Unidos y Canadá (sindicatos, trabajadores migrantes, MPME, etcétera).

Evidentemente las condiciones y los plazos son totalmente variables y van desde posibilidades reales de acuerdos de cooperación en el corto plazo hasta la construcción de una utopía que sirviera como marco de referencia.

Como conclusión América Latina se está integrando, pero no en función de su propia historia, necesidades, intereses y potencialidades, sino en función de una dinámica de mercado regulada por unas cuantas empresas, por unos cuantos gigantescos capitales especulativos y por un solo país. Tal parecería que no podemos ver al sur más que volteando hacia el norte y mirando en un espejo retrovisor. **I**

LUIS IGNACIO ROMÁN MORALES